

MÉXICO

Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

LIBRO PRIMERO

1521 — 1599

CAPÍTULO PRIMERO

(AÑO DE 1521)

Estado de la ciudad al ser ocupada por Cortés.—Pesquisas para encontrar los tesoros de Moteczuma.—Tormento de Cuauhtemoc.—Primeras disposiciones de Cortés.—Gobierno de la ciudad.—Limpia y reparación de los acueductos.—Establecimiento de Atarazanas.—Repartición del botín.—Descontento de los soldados y disturbios en el ejército.—Esclavos comprendidos en el quinto del rey.—Huesos de gigante.—Procesión y misa celebrada por fray Bartolomé de Olmedo.—Mujeres robadas por los españoles.—Venta de mujeres en almoneda.—Tepuzque.

Con la prisión de Cuauhtemoc la resistencia de los mexicanos cesó inmediatamente, y grandes debieron de ser los esfuerzos de los sitiados y su arrojo para hostilizar á los españoles, pues Bernal Díaz, con su lenguaje natural y franco, dice, para explicar el repentino cambio y el silencio que siguió á la rendición de Cuauhtemoc, que los españoles tenían esa sensación vaga y extraña que se experimenta, cuando, después de haber estado durante largo tiempo en un campanario oyendo el repique, enmudecen súbitamente las campanas.

Ni podía ser de otra manera; que si en todos los largos sitios de plazas se observa una cosa semejante, en el de México con mayor razón, pues eran terribles las salidas y el constante vocerío de los mexicanos.

El prisionero emperador preocupóse, antes de pensar en la suerte que le esperaba, de la salud y peligros de los que fieles le habían acompañado en la defensa de la ciudad y que en ella estaban todavía encerrados. Nadie como él conocía la extrema necesidad y miseria á que habían llegado los habitantes, y el estado de insalubridad de México, en razón de la multitud de cadáveres

insepultos que en todas las calles y casas se encontraban.

Cuidado y petición fué de Cuauhtemoc la desocupación de la ciudad, que decretó Cortés sin dificultad ninguna, compelido también por los informes de algunos soldados que habían penetrado por las calles.

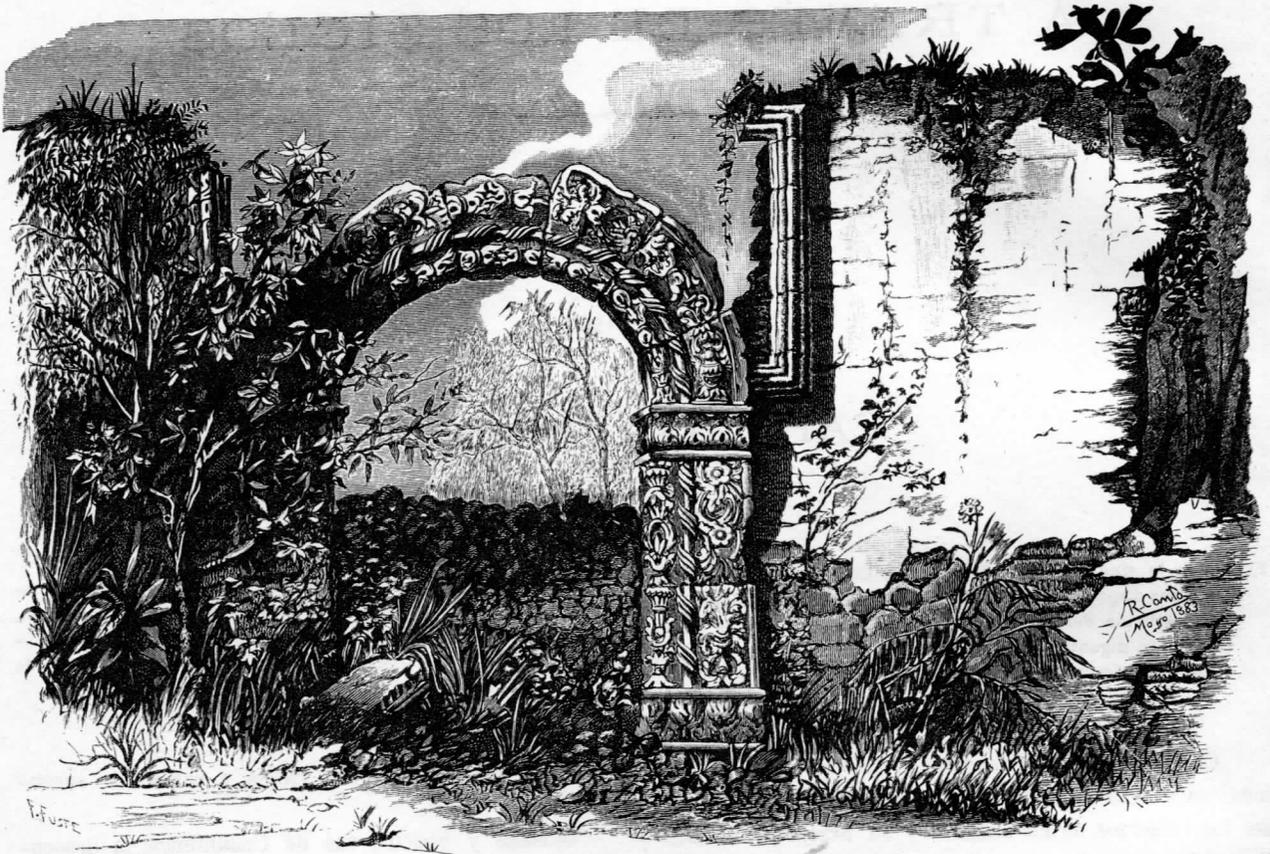
No presentó esa orden grandes obstáculos para su cumplimiento: aquella inmensa muchedumbre amontonada en un reducidísimo espacio, sin víveres, sin agua y casi hasta sin aire que respirar, comenzó inmediatamente á desfilarse silenciosa, triste y sombría, por las tres calzadas que atravesaban sobre los lagos.

Muy grande fué sin duda el número de aquellos desgraciados y muy lastimoso el estado en que salían, pues los mismos testigos presenciales dicen que durante tres días y tres noches estuvieron constantemente llenas las calzadas por una compacta columna de hombres, de mujeres y niños, pálidos, demacrados y vacilantes, que movían la compasión de los soldados vencedores, acostumbrados durante tanto tiempo á las terribles y sangrientas escenas de una guerra tan desoladora.

Luego que la ciudad quedó desocupada, y cuando ya de ella nadie salía, Cortés entró á examinar el interior con alguno de sus oficiales y soldados. Las calles y aun las casas estaban enteramente sembradas de cadáveres, la mayor parte de ellos en descomposición, y producían tales miasmas que necesitaban hacer gran esfuerzo los vencedores para permanecer allí; y muchos, entre ellos el mismo Cortés, volvieron enfermos á los cuarteles. Los sitiados habían escarbado la tierra por todas partes para sacar algunas raíces con que

alimentarse. Además de los muertos en el combate, que Torquemada hace ascender á cien mil, cifra en verdad exagerada, muchos habían perecido víctimas del hambre ó de las enfermedades que producía aquella atmósfera viciada.

En medio de tanta desolación, todavía encontraron Cortés y los que le acompañaban muchos hombres, mujeres y niños que no habían podido salir ni dejar la ciudad, enfermos y débiles, esperando la muerte en el abandono.



Ruinas de un arco en la iglesia de Coyoacan. (Estado actual)

Tomado del natural

Cortés ordenó inmediatamente á algunas de las tropas auxiliares que le acompañaban, y á muchos de los soldados de Cuauhtemoc, que procedieran á enterrar aquellos cadáveres y condujeran á los enfermos fuera de la ciudad, y él se fué con el ejército español á situar á Coyoacan, pueblo distante cerca de tres leguas de la capital, con objeto de dar descanso á la tropa y principio á la organización y establecimiento de la colonia.

El botín que los vencedores alcanzaron en la toma de la ciudad no satisfizo ni con mucho las esperanzas y los deseos de Cortés y de sus soldados. Quizá porque se habían formado la idea de que México encerraba inmensas riquezas y que el tesoro de Moteczuma era muy grande, ó tal vez, porque realmente vieron ellos todas esas riquezas y los mexicanos las ocultaron

durante el sitio, lo cierto es que los conquistadores tuvieron por insignificante presa todo el oro y la plata que cayó en sus manos á la hora del triunfo; y pequeña cantidad fué, supuesto que, aun pasados algunos días y llevadas las pesquisas hasta el crimen, tocaron apenas, después de sacado el quinto del rey, cien pesos á cada soldado de caballería y cantidad menor á ballesteros y hombres de á pié.

Luego que la ciudad cayó en poder de los vencedores y Cortés vió que el oro recogido no era en la cantidad que se esperaba, pensó obligar á Cuauhtemoc á descubrir el lugar en que habían ocultado los tesoros, y para conseguir ese intento, creyó oportuno dar gran solemnidad al acto de la interrogación.

El emperador, los reyes de Texcoco y Tlacópam y

los demás señores principales que les acompañaron, habían sido conducidos al palacio de Coyohuehuatl, en el barrio de Amaxác, hoy de la Concepción; y en los terrados de ese palacio, bajo vistosos tapices y entre brillantes colgaduras, sentóse Cortés en un solio haciendo sentar á su derecha á Cuauhtemoc y á la izquierda á los otros reyes y caciques; y así colocados y sirviéndole de intérprete la famosa doña Marina, exigió de aquellos prisioneros, con el título de devolución á los españoles, todo el oro y alhajas de valor que éstos habían depositado en el palacio de Moteczuma, la primera vez que tuvieron que abandonar la ciudad, y además todos los tesoros de aquel monarca. Cuauhtemoc hizo entonces partir mensajeros en todas direcciones, los cuales volvieron á poco tiempo cargados de oro, plata y piedras preciosas. No se dió Cortés por satisfecho, y manifestó que no sólo no podía ser aquello el tesoro de Moteczuma, pero ni aun equivalía á lo que habían dejado los españoles al retirarse de la ciudad.

Suscitóse con tal motivo cuestión entre los vecinos de Tlaltelulco y los de Tenoxtitlan, culpándose los unos á los otros de haber sacado lo más curioso y rico de la ciudad: los de Tlaltelulco decían de los de Tenoxtitlan, que habían puesto en salvo esas riquezas llevándolas por las calzadas, y á su turno éstos culpaban á los de Tlaltelulco de haberlas sacado en sus canoas. La disputa llegó á encenderse tanto que Cortés juzgó prudente interrumpir aquella averiguación dejándola pendiente para ocasión más oportuna.

Dióse traza á practicar otra clase de diligencias para encontrar esos tesoros. La noticia se había extendido de que la mayor parte de ellos, arrojados al agua por los sitiados, yacían en el fondo de los canales y de los lagos. Cortés hizo venir y contrató buzos y nadadores con el objeto de buscar esas riquezas, en el fondo, no muy profundo, de las aguas; pero cuanto llegó á encontrarse cubrió apenas con su valor el monto de los gastos de la empresa.

Diéronse luego á destruir y á cavar los sepulcros de los emperadores y de los señores de la tierra; pero aunque se encontraron allí bastantes alhajas y alguna cantidad de oro, porque los mexicanos solían enterrar los cadáveres de los nobles con lo más precioso que poseían, el resultado fué poco satisfactorio, y no llegaron á encontrarse los tesoros de Moteczuma.

Iba á cada paso haciéndose más comprometida la situación de Cortés, y los soldados le culpaban, ora de lenidad por no exigir con más energía esas riquezas al emperador Cuauhtemoc, ora de haberse personalmente aprovechado de ellas, recogiénolas y ocultándolas con fraude, no sólo de la parte de los soldados, sino también del quinto del rey.

Una tropa como la de Cortés compuesta de atrevidos aventureros, no acostumbrados á la severa disciplina del ejército, que con tan buena fortuna habían caminado

en aquella guerra dando cima á terribles y peligrosas empresas, que movidos por el interés de un rico botín habían abandonado su patria y sus hogares, lanzándose á mares y tierras desconocidos y creyendo cada uno haber sido el héroe de cada combate, como acontece siempre en esta clase de tropas colecticias, necesariamente debía sentir un profundo disgusto al encontrarse al término de su atrevida empresa con que el éxito no correspondía á las esperanzas. Aquellos hombres no podían resignarse con la reflexión de que aquello era más bien el resultado de exageradas ilusiones, comparadas con la realidad, ni tenían la suficiente energía para dar un plazo á ese soñado porvenir de riqueza y bienestar, esperando para alcanzarlo la parte de terreno que de la nación conquistada les tocara en suerte, ni podían tampoco consentir el pensamiento de que, tras tantas luchas y privaciones, y cuando creían ya recibir el oro y la plata para vivir en la opulencia, tendrían que convertirse en agricultores ó en mineros, para conseguir con el tiempo y el trabajo lo que por otro medio habían tenido ya como seguro.

Además, aquellos soldados no eran hombres completamente ignorantes: vemos entre ellos aparecer á Bernal Díaz, que es un historiador; á Botello, que pasaba por astrólogo, y á otros varios que poseían conocimientos más ó menos superficiales; pero que en las largas noches del campamento y en el fastidio de las jornadas, debían haber alentado con sus conversaciones el espíritu de codicia entre sus compañeros, refiriéndoles las tradiciones y las historias, entonces bastante conocidas, de la toma y saco de ricos imperios y ciudades, ya por los ejércitos romanos, ya por los moros ó ya por los cristianos, en que los príncipes alcanzaban fabulosas riquezas y los soldados grande y fácil botín.

Entre los que más urgían y obligaban á Cortés á extremar las pesquisas para encontrar el tesoro de los emperadores de México, distinguíase el terrible Julián de Alderete, el tesorero, que llegó hasta amenazarle con escribir al emperador Carlos V, denunciando que los mexicanos habían entregado grandes riquezas, que estaban ocultas, y tales amenazas tenían para Cortés grande importancia, porque Alderete, que como tesorero del Rey había llegado á la Nueva España en febrero de 1521, era camarero y protegido del obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, que gobernó mucho tiempo los negocios de Indias, hombre de grandísima influencia con el Emperador, y enemigo irreconciliable de Cortés, á quien procuraba perjudicar de todos modos, llevado de la amistad y valimiento que dispensaba á Diego Velázquez.

En vano Cortés protestó contra todas esas calumnias y falsedades; inútilmente procuró convencer á aquellos hombres de que nuevas extorsiones les harían enagenarse el cariño de un pueblo vencido pero aun no subyugado; la codicia pudo más que la razón, y, mal de

su grado, se vió en la necesidad de permitir que se diera tormento á Cuauhtemoc, buscando arrancarle de esa manera un secreto que no habían podido descubrir de otro modo, ni saber siquiera si realmente existía.

Aplicóse el tormento al emperador de los mexicanos, y sufrió en su compañía el señor de Tlacópam, pariente y amigo suyo: ungiéronseles los piés y las manos con aceite, exponiéndoseles después á fuego manso. Cuauhtemoc soportó en silencio y con gran dignidad aquel martirio; pero llegó un momento en que el señor de Tlacópam, no pudiendo ya contenerse, lanzó un gemido débil y volvió el rostro hacia su soberano. Cuauhtemoc le miró con altivez, y después de haberle contemplado un momento le dijo: *¡ Hombre de poco corazón! ¿estoy yo acaso en algún baño ó deleite?* El señor de Tlacópam desmayó en el tormento y prometió hacer revelaciones.

Los historiadores contemporáneos dicen que Cortés y Alderete, avergonzados y admirados de la energía de Cuauhtemoc, suspendieron el tormento; pero es más seguro que se hubiera hecho cesar porque habiéndosele dado por el tesorero el carácter de una diligencia judicial, las disposiciones vigentes en esa materia prevenían se interrumpiera la cuestión de tormento luego que se advirtiese que corría peligro la vida del acusado; y tal era la práctica. Además era fácil que Cuauhtemoc, no pudiendo soportar más tiempo, sucumbiera, y en ese caso se perdía para Alderete hasta la esperanza de descubrir el secreto de los tesoros de Moteczuma. Por otra parte, ni Cortés, ni Alderete, ni los demás oficiales del Rey ignoraban que todos estos crueles procedimientos no fueron nunca de la aprobación de los monarcas españoles, y temieron sin duda malas consecuencias para ellos, en el caso de que el emperador de México muriera en el tormento. La prueba está en que Cortés no se atreve á referir nada de esto, que es de tanta importancia, en sus cartas de relación al emperador Carlos V.

Cuauhtemoc fué separado de la hoguera; pero quedó desde entonces baldado de los piés, pudiendo en lo sucesivo andar muy poco y con grandes dificultades ¹.

El tormento de Cuauhtemoc dividió las opiniones de los conquistadores y de los contemporáneos. Bernal Díaz lo reprueba como indigno; pero ninguno culpa

¹ El doctor Cristóbal de Ojeda, que no se sabe á punto fijo en cuál de las expediciones que llegaron en auxilio de Cortés vino á la Nueva España, fué quien curó á Cuauhtemoc de las quemaduras que recibió en el tormento, y por su declaración en el juicio de residencia de Hernán Cortés, se sabe que no sólo se quemaron los piés á Cuauhtemoc, sino también las manos. Dice así la declaración de este testigo en la parte relativa:

—XLVII—Al noveno capítulo dijo.
«...e asy mismo vido despues aquel dicho D. Fernando Cortes »dió tormentos e quemava los pies e las manos al dicho Guatimuza »por que le dixese de los thesoros e riquezas de la cibdad e que lo »sabe por queste testigo como dotor e médico ques curo muchas »vezes al dicho Guatimuza por mandado del dicho D. Fernando.»

(Expediente de la residencia tomada á Cortés que existe original en México en el Archivo general de la nación.—Declaración del tercer testigo dotor Xpoval de Ojeda).

directamente á Cortés, que si no llevado por un ánimo generoso sí temiendo una nueva y gran insurrección, se opuso mucho tiempo; cediendo, sin embargo, por el cuidado no menos próximo y más fundado de una sublevación entre sus tropas, que habría podido justificarse, ante los ojos del rey de España, por la poca cantidad de oro y plata presentados después de la toma de una ciudad de la que se contaban tantas maravillas de riqueza y esplendor. Uno de los cargos que se hicieron á Cortés en su juicio de residencia, fué el martirio del infortunado monarca de México, y él se exculpó haciendo recaer toda la responsabilidad del crimen sobre el tesorero Julián de Alderete.

Por las declaraciones del señor de Tlacópam volvieron á buscarse en los canales y en los lagos los tesoros causa de tantas desgracias; pero no llegaron á encontrarse sino algunos objetos de poco valor.

Entretanto habían comenzado ya los trabajos de la limpia, enterrándose los cadáveres y haciéndose grandes fogatas en las calles y en las plazas.

Uno de los mayores sufrimientos de los mexicanos durante el sitio había sido la falta de agua potable; los españoles, como era natural, destruyeron los acueductos por donde se proveía la plaza, y el agua de los canales y de los lagos tenía un sabor desagradable. Cortés ordenó inmediatamente la reparación de los acueductos, y los mexicanos, por orden de su emperador, dieron principio á la obra en el que conducía el agua de Chapultepec.

La ciudad había sido dividida para su gobierno por Cortés en dos grandes cuarteles: formado el uno de la parte que llamaban México y el otro de la que nombraban Tlaltelulco, el gobierno del primero se confió al emperador Cuauhtemoc, señalándose el segundo á uno de los señores de la corte, nombrado Ahuelitóc ¹, quien, á pesar de la orden de Cortés, no quiso aceptar sino alcanzando previamente el permiso de Cuauhtemoc.

En la parte de la ciudad que correspondió al gobierno de Cuauhtemoc, se fijó Cortés para formar la población española, sin determinar todavía que aquella fuese la capital del nuevo reino conquistado, pues tal pensamiento ocurriósele algún tiempo después, y desde el principio encargó á Cuauhtemoc que procurase la reparación de las habitaciones de los mexicanos, y que las familias de éstos volviesen á poblar la ciudad en el término de dos meses, dejando en el centro de ella un gran espacio limpio y escampado, donde se había de establecer el barrio de los españoles.

¹ Según Alamán, citando las palabras de Cortés en una de sus cartas á Carlos V, se encargó ese gobierno á Chigoacoatl, nombre que, según el Conquistador, dice tanto como «lugarteniente del rey;» pero esto evidentemente es un error, porque chiguacoatl está compuesto de chigua, *mujer*, y coatl, *culebra*, palabras del idioma náhuatl, y quiere decir culebra hembra, porque como en el náhuatl no existen ni artículos ni terminaciones para distinguir los géneros en los animales, el masculino se expresa poniendo sólo el nombre del animal y el femenino anteponiéndole la palabra chiguatl, que algunas veces por eufonía pierde las *t*, *l*, finales; por ejemplo: *venado macho*, *mázatl*, *hembra*, *chiguamáztatl*.

Proveyó Cortés sin pérdida de tiempo á la seguridad de sus bergantines, haciendo construir atarazanas y fuertes, con el objeto de poner á cubierto las embarcaciones en el probable caso de una sublevación de los naturales del país, nombrando por entonces gobernador de ellas á Pedro de Alvarado.

Algunas dudas se han suscitado con motivo del lugar en que estuvieron situadas esas atarazanas; pero es casi seguro que existieron unas en donde hoy existe «la garita de san Lázaro,» porque la calle de Santa Teresa y siguientes que de la plaza conducen á ese punto, se llamaron entonces «calles que van á las atarazanas,» y además, en donde hoy es el rastro de la ciudad y do los mexicanos tuvieron un fuerte que llamaron «Xoloc,» se construyeron también por Cortés otro fuerte y otras atarazanas. Este lugar era una isla en el lago, crestón de alguna montaña, como lo prueba el corte geológico formado al hacerse en él, hace pocos años, un pozo artesiano, cuyo taladro puso á la vista formaciones enteramente distintas de las que constituyen el asiento del resto de la ciudad.

Cortés, dictadas estas disposiciones y arregladas así las cosas, se retiró á los reales, establecidos ya en Coyoacan, y el primer trabajo importante en que parece se ocupó, fué la repartición del botín entre los soldados. Dificil y peligroso era ese trabajo, porque la cantidad recogida no correspondía, no sólo á las esperanzas, pero ni á las verdaderas necesidades de los soldados y no había otro recurso de que echar mano.

La disciplina de un ejército se relaja por lo común, sobre todo en guerras de conquista y en países lejanos, después de una gran victoria como después de un terrible descalabro: los soldados se entregan con mucha facilidad á los instintos de insolencia, lo mismo que á los del despecho y desesperación, y difícilmente se puede en ambos casos obligarles á conservarse en los límites de la subordinación y del deber.

Quizá por ganarse aquellos ánimos ó porque realmente Cortés quisiera dar un convite á sus tropas, preparóse una gran fiesta en Coyoacan y fueron invitados á comer todos los soldados y todos los jefes. Por esos días había llegado de España un buque con muchas barricas de vino, y la abundancia del licor y la mala disposición de los ánimos, fueron parte á que en aquel convite hubiera reinado un gran desorden, que estuvo á punto de convertirse en una sublevación, que se hubieran encendido más los disgustos y las predisposiciones de la tropa contra Cortés, y que el reparto del botín se hiciera más difícil.

Fundidos los despojos del oro recogido de la conquista de México, resultaron ciento treinta mil castellanos, siendo el quinto del rey veintiseis mil, fuera de las perlas, piedras preciosas, vajillas de oro y plata, telas bordadas de plumas y otras muchas piezas, que por ser demasiado curiosas ó por el alto precio que

representaban, separó Cortés, con consentimiento de los soldados, para hacer con ellas un regalo digno al monarca español.

Como la cantidad de oro que debía repartirse entre los soldados era pequeña relativamente, pues vendrían á tocar unos cien pesos á los hombres de caballería y menor parte á los infantes y ballesteros, Cortés vacilaba en hacer el reparto. Aconsejábanle fray Bartolomé de Olmedo, Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y algunos otros capitanes, que cuidase de proveer con aquella suma á los que habían quedado inválidos por causa de la guerra, aplazándose para más adelante el premio y parte de los demás; pero Cortés no quiso resolverse por ese extremo.

Pasaba el tiempo y la situación del Conquistador se hacía cada vez más comprometida: murmuraban sin recato los soldados, y todas las mañanas amanecían como pasquines en los muros de la habitación de Cortés, grandes letreros que, con más ó menos gracia, expresaban ya una queja, ya una burla, ya una amenaza, ya una acusación; pero envolviendo siempre el pensamiento de que Cortés había apartado para sí y escondido la mayor parte del botín con perjuicio de los soldados.

Cortés tomó al principio todo aquello por buen lado, y contestó algunas veces en estilo satírico los pasquines en la misma pared ¹; pero mirando que las cosas pasaban adelante, y que algunos partidarios de Diego Velázquez alentaban el espíritu de insubordinación, prohibió severamente que se volviese á escribir en los muros y comenzó á disponer la salida de tropas, ya para conquistas lejanas, ya para establecimiento de colonias, ya para combatir algunas sublevaciones de los naturales del país, procurando fuesen incorporados en esas partidas los que más inquietos en el ejército se mostraban, con el objeto de alejarlos de aquel centro de murmuraciones y descontento. Ayudó poderosamente á sus intenciones que los soldados, por las relaciones y registros de los tributos de Moteczuma, habianse convencido de que todo el oro y la plata, y perlas y piedras preciosas que tenían los emperadores de México no habían sido encontrados ni sacados en la ciudad, sino que llegaban de lejanos pueblos tributarios; y como no habían podido alcanzar en México

¹ Bernal Díaz refiere algunos de estos mote y letreros; otros decían: «que mas conquistados nos traia (Cortés) que la misma conquista que dimos á Mexico; y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva España, sino conquistados de Hernan Cortés; y otros decían que no bastaba tomar buena parte del oro, como general, sino tomar parte del quinto como rey, sin otros aprovechamientos que tenia; y otros decían: ¡Oh, que triste está el alma mia hasta que la parte vea!»

Aunque este último es más probable que dijera:

Tristis est anima mea
Hasta que la parte vea.

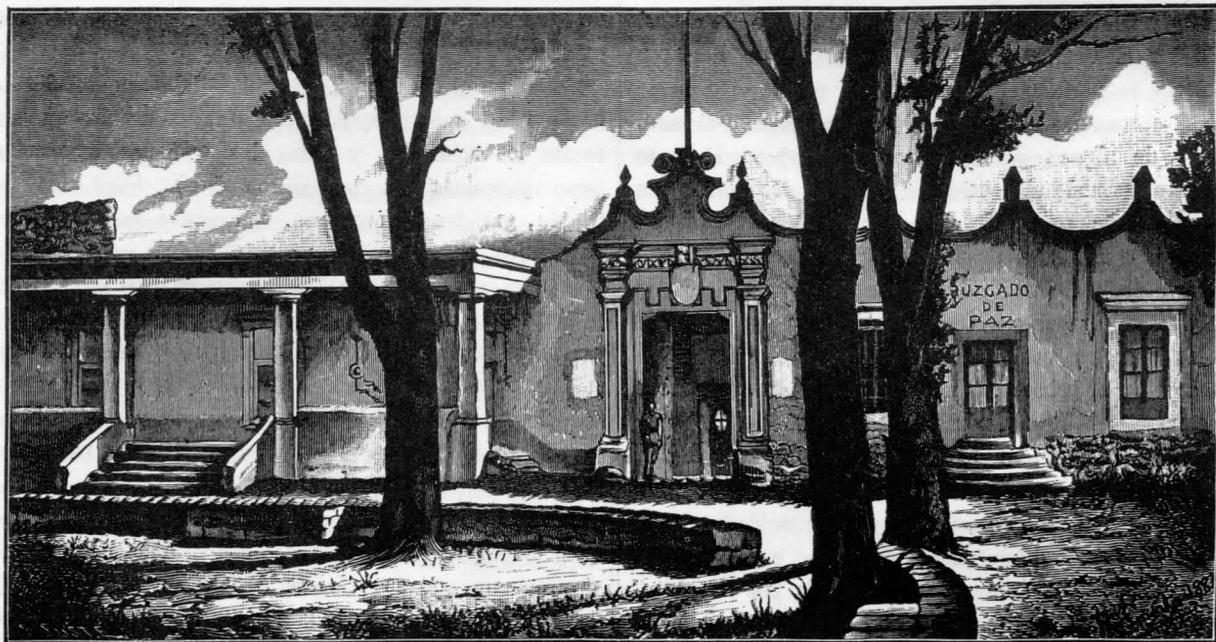
Y Bernal Díaz lo vertió al castellano quitándole la cadencia y la gracia.

Cortés escribió: «Pared blanca, pared de necios,» y amaneció más delante: «y aun de sabios y verdades.»

las riquezas que esperaban, creían fundadamente que en esas expediciones, adonde iban por mandato de Cortés, encontrarían con más facilidad las fuentes de la riqueza de México. Por eso no solamente se prestaban contentos á partir, sino que aun lo pretendían y solicitaban con empeño.

Una de las causas que habían contribuído al descontento de los soldados y que puede decirse que justificaba su impaciencia por recibir la parte del botín que les correspondía, eran las deudas: muchos de ellos habían comprado al crédito, sin duda de especuladores codi-

ciosos que acompañaban á la expedición de Cortés, como acontece siempre en todos los ejércitos, armas, caballos, ropas y quizá hasta algo de víveres y de vinos. Con la esperanza de un rico botín, ni los vendedores se contentaban en el pedir ni los compradores temían en el ofrecer: los caballos se vendían en ochocientos y mil pesos, y la compostura de una ballesta costábales más que si la obtuviesen nueva, y hasta un cirujano á quien llamaban «maese Juan» y á un médico, boticario y barbero llamado Murcia, debían los soldados grandes sumas por curaciones de heridas y enfermedades, pues ellos mismos



Palacio de Cortés, en Coyoacan. (Estado actual)
Tomado del natural

se señalaban altísimos honorarios y costosos estipendios, agregando á esto el elevado precio que ponían á sus medicinas¹.

No habiendo en esas tropas la previsora administración de los ejércitos modernos, todos esos servicios y todos esos gastos, que hoy se hacen con tanta comodidad y economía por las cajas centrales y por las particulares de los cuerpos, eran una fuente de riquezas para los especuladores y para los ávidos usureros y un sacrificio constante para los soldados. Cortés advirtió todo esto, tan importante á los ojos de un general en jefe como inapercibido por los historiadores, y dictó una medida que, si bien era ilegal conforme á la legislación, era justificada y oportuna en vista de las circunstancias, nombrando apreciadores y jueces para que determinasen la cantidad que verdaderamente debía cada soldado como precio de los objetos comprados por él, haciendo una tasa concienzuda, y refrenando la codicia y las exigen-

¹ Ese Murcia no puede saberse á punto fijo cómo se llamaba ni con cuál expedición vino; en cuanto al «maese Juan» es lo más seguro que fué Juan Gómez, barbero, que vino en la expedición con Pánfilo de Narváez.

cias de los vendedores: fueron estos jueces un llamado Santa-Clara y otro á quien apellidaban Llerena¹, y Cortés agregó á ese nombramiento la orden de que si los soldados no podían pagar lo que resultaban debiendo, se les diese una espera de dos años.

Con todas estas disposiciones comenzaron á calmarse los ánimos, á volver la tranquilidad á los reales y á encontrarse Cortés libre de esa preocupación, más dispuesto á procurar lo conveniente para el establecimiento de las colonias que debían afirmar la conquista y para extender los descubrimientos y la ocupación de nuevas tierras en nombre del rey de España.

Las tropas aliadas de los naturales del país diéronse por contentas con los despojos que Cortés les señaló de la ciudad vencida, consistentes en tejidos de algodón y de pita, utensilios y vajillas de barro, armas

¹ Santa-Clara, nombrado para esta comisión, fué sin duda Bernardino, el tesorero, que llegó con Narváez, pues aunque hubo otro Santa-Clara, vecino de la Habana, murió algunos días antes á manos de los indios. En cuanto á Llerena, debe haber sido el mismo García de Llerena, que figuró después como tesorero y que vino con Hernán Cortés.

y adornos de cobre y de piedra. En el quinto del rey comprendió Cortés, además de la parte legal en oro y plata y de los objetos raros ó preciosos que se destinaron como regalo al soberano, una gran cantidad de esclavos de ambos sexos y muchos huesos de gigantes. Así lo dicen en sus relaciones los historiadores de aquellos tiempos.

No es posible saber qué guió á Cortés para escoger entre los prisioneros á algunos que debían reducirse á la triste condición de esclavos, cuando todos los demás eran considerados y halagados; ni puede decirse que tan

negra suerte cupiera á los que con más encarnizamiento y obstinación se empeñaron en la defensa de la ciudad y en los ataques á los españoles, pues los esclavos eran de ambos sexos, y aunque aseguran los cronistas que las mujeres tomaban parte en el combate con tanto valor como los hombres, no es creible que esto hubiera decidido á Cortés en su elección, antes bien parece natural que la belleza del semblante y la gallardía en las formas sería lo que se buscó en los esclavos destinados al rey de España. Extraño también parece este procedimiento de Cortés y el silencio sobre este punto de la corte de



Interior del palacio de Cortés, en Coyoacan. (Estado actual)
Tomado del natural

España, cuando existía ya la famosa cláusula del testamento de Isabel la Católica, encomendando á sus sucesores en el trono de España, la libertad y el dulce trato á los indios, y el antecedente de que los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, extrañaron á Colón por haber enviado á España, como esclavos, á trescientos de los naturales que tomó en la Isla Española, mandándose volver todos ellos á su patria á costa del Almirante y bajo pena de muerte á quien atentara á la libertad de ellos y de los demás habitantes de las tierras nuevamente descubiertas. Sin embargo, Cortés no sólo redujo á la esclavitud á sus prisioneros, sino que todos ellos fueron marcados con el sello real, como se acostumbró hacer todavía muchos años después con los esclavos fugitivos y cimarrones en la Isla de Cuba y en la Española.

Respecto á los huesos de gigante, no es extraño que Cortés y los escritores de aquellos tiempos hayan tomado como osamentas de hombres los grandes fósiles del mastodonte, del elefante y aun del *equus primigenius*, que con tanta abundancia y en tan extensos yacimientos se encuentran en el Valle de México. La creencia

vulgar de la existencia de los gigantes estaba entonces muy arraigada: los libros del Antiguo Testamento le daban, por decirlo así, una base de fe religiosa, y no es notable que al encontrarse un fémur gigantesco hubieran creído que pertenecía al esqueleto de un hombre, pues todavía entonces ni aun asomaba aquella tímida teoría, que naciendo de la duda vino á presentar el crecimiento de los fósiles como una explicación de la magnitud de esas osamentas, que no se atrevían á negar que fuesen humanas ¹.

¹ Dice el arzobispo Lorenzana en una nota á las cartas de relación de Cortés:

«Huesos de gigantes, que se hallaron en Culhuacan, y se han visto, y hallado muchos en la diócesis de Puebla, lo que parece prueba, que es cierto, que los tascaltecas mataron hombres gigantes, y no aquieta enteramente la razon, de que con el suco de la tierra crecen, pues es falso en Culhuacan donde los halló Cortés. Me hago cargo de lo que dice el Revørendísimo Feijoo, pero el hecho es cierto, é innegable, y muy verosímil, que aun despues del diluvio universal quedaron hombres de estatura disforme, y gigantesca.»

En la República Mexicana generalmente los valles están formados por rocas aluviales, en las que dominan las tobas, margas, arcillas y aluviones, y muy común es encontrar en esos terrenos fósiles de mamíferos pertenecientes al período cuaternario.

Las excavaciones que en el Valle de México se han hecho, sobre

En el convite que Cortés dió en Coyoacan á sus tropas, muchos soldados se embriagaron, produciéndose en palabras que tenían más de delirios de gente ignorante que de ofensas á la Divinidad: quien quería tener todos los arreos de la montura con adornos de oro y de piedras preciosas, quien una armadura riquísima, cincelada y repujada como las que usaban los reyes, y no faltó balletero que hubiera prometido que todos los proyectiles de su arma serían de plata. Después de la comida, con las pocas mujeres españolas ¹ que había en el ejército, bailaron los soldados sin despojarse de sus armaduras, lo cual movía gran risa entre sus compañeros, y quizá de esto pasaron á cosas que no hubieran sido bien recibidas en uno de los salones de la corte de Carlos V.

El padre fray Bartolomé de Olmedo, que no tuvo una palabra de indignación ni una frase siquiera de descontento por el martirio de Cuauhtemoc y del señor de Tlacópam, y por muchas matanzas innecesarias que presenció durante la guerra ², sintió alarmada su conciencia por la alegría escandalosa con que los soldados españoles celebraban su triunfo, y temió que Dios abandonara á los conquistadores por las ofensas que en aquel convite había recibido. Así lo dijo á Gonzalo de Sandoval, quien lo comunicó inmediatamente á Cortés.

El conquistador llamó á fray Bartolomé y díjole razones, que á ser tales como las refiere Bernal Díaz del Castillo, son el reproche más duro y merecido á las murmuraciones del fraile contra Cortés y sus soldados.—

todo con motivo de las obras hidráulicas, han permitido perfeccionar el estudio de la fauna cuaternaria, enriqueciendo el Museo de la capital con ejemplares curiosos é importantes.

En el gran tajo de Tequisquiác, se han hallado restos del gliptodon, oso, caballo, asno, toro, llama, elefante y mastodonte. Importantes fósiles existen también en la Escuela de Ingenieros, entre ellos un sacro de llama con entalladuras, con que se procuró darle el aspecto de cabeza de un jabalí, y que debió ser la obra de un hombre de la época cuaternaria.

En la antigua Nueva Galicia, en el llano de Cuesillos y hacia el occidente de Guadalajara, ha habido la tradición de que lo habitaron gigantes que salían á tomar el sol tendiendo sus enormes piernas sobre la llanura, tradición que debe su origen sin duda á los muchos huesos de elefante que allí se han encontrado.

Don Mariano Bárcena, laborioso é inteligente director del Observatorio de México, ha hecho concienzudos estudios sobre la paleontología de México, y de sus obras están tomados estos datos.

¹ Las mujeres de quienes se tiene noticia que estaban entonces en el ejército, fueron: doña Marina—Malintzin ó Malinche—intérprete, mujer que fué después de Juan Jaramillo, capitán de los bergantines en el sitio de México; Beatriz Hernández, mujer de Tomás Ecíjoles, italiano, intérprete; Catarina Márquez, mujer de Martín Hernando, herrero; Beatriz Ordaz, mujer de Alonso Hernando, herrero, quemado por la Inquisición en 1528; Francisca Ordaz, Elvira Hernández, Beatriz Hernández, su hija, María de Vera, Isabel Rodrigo. Estas vinieron con la expedición de Cortés. Beatriz Palacios, mujer de Pedro Escobar; Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco Olmos; María de Estrada, mujer de Pedro Sánchez Farfan, que fué después á poblar á Toluca, y Juana Martín. Estas vinieron con la expedición de Pánfilo de Narváez.

Habría quizá otras, pero sus nombres no han llegado hasta nosotros, ni los menciona Orozco y Berra, de quien son tomados estos datos.

Dice Orozco y Berra que este fray Bartolomé de Olmedo, según testimonio de Mota, «dió de cintarazos á fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, religioso franciscano, que trajo bulas de composición á Texcoco, á principios del año de 1521, por ciertas palabras que habia dicho en un sermón.»

«Padre; no excusaba solazar y alegrar á los soldados con lo que vuestra Reverencia ha visto e yo he hecho de mala gana: ahora resta que vuestra Reverencia ordene una procesion, y diga misa y nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios, y que no hurten, ni riñan pendencias, e que hagan como buenos católicos cristianos para que Dios nos haga bien.»

Fray Bartolomé comprendió ó no lo que Cortés le daba á entender; pero dispuso una función religiosa en acción de gracias, que comenzó con una gran procesión en la que marchaba todo el ejército con las banderas levantadas, llevando algunas cruces, una imagen de la Virgen, y cantando los soldados las letanías: en esto se pasó un día, y al siguiente predicó fray Bartolomé de Olmedo, sin duda en el sentido que Cortés le había aconsejado, y á la hora de la misa comulgaron Cortés, Alvarado y muchos jefes y soldados.

Por esos días también varios caciques y señores principales de México se quejaron con Cortés de que los soldados habían robado á muchas jóvenes, hijas ó mujeres de principales señores de la Corte de Cuauhtemoc: ordenó Cortés que se buscasen en los reales y que fuesen entregadas á sus familias, en el caso de que ellas de buen grado quisieran volver á sus casas. Anduvieron por varios días los comisionados inquiriendo, y aun cuando encontraron á muchas de las robadas, sólo dos ó tres consintieron en volver á sus familias, que las demás, con el pretexto de que no tenían voluntad de recaer en la idolatría, ó alegando que estaban próximas á ser madres, ó resistiéndose sencillamente sin dar mayores explicaciones, prefirieron permanecer con los soldados que las habían hecho sus cautivas.

A pesar de ese empeño que Cortés manifestaba para que los soldados no llevaran robadas á las mujeres del país, muchas de ellas en calidad de esclavas, quizá más bien como los árabes compran á las mujeres para los serrallos, fueron vendidas en almoneda á los soldados por los oficiales reales. Así lo dice claramente Bernal Díaz del Castillo, quejándose, no de esas ventas, sino de que ellas fueran causa de que los soldados quedasen sin dinero. «Volvamos á decir de las partes del oro,— escribe,—que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey por las esclavas que habíamos sacado en las almonedas.»

Difícil es explicarse, si no por el espíritu de insurrección que había cundido en la tropa ó por el deseo de reunir la mayor cantidad de oro para la parte del rey, esas contradicciones en la conducta de Cortés y esa infracción de los oficiales del rey, de las repetidas disposiciones de la corte de España que prohibían reducir á los naturales de los países nuevamente descubiertos á la esclavitud; y más repugna aún esa venta autorizada de mujeres, que indudablemente no tenían para los soldados el exclusivo carácter de sirvientas, cuando Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo

hacían gala de extremarse en sus predicaciones de moral cristiana.

Otro abuso trascendental cometieron los oficiales del rey. Con objeto de aumentar la cantidad de oro para los soldados y compras, y creyendo que el fraude no sería conocido por los soldados ni por los mercaderes que á los puertos de la tierra nuevamente conquistada comenzaron á llegar de España, al fundir el oro mezclaban cierta cantidad de cobre; pero esto produjo, como era natural, un aumento excesivo en el precio de las mercancías, pues los comerciantes buscaron la compensación de lo bajo de la ley del oro con la elevación de la cantidad. A este oro los soldados llamaron *tepuzque*, como indicando que más bien era cobre; y llegó tan adelante aquel abuso, que fué de necesidad elevar una queja al Rey, el cual prohibió absolutamente el uso de esa liga bajo penas tan severas, que algún tiempo después fueron ahorcados unos plateros por contravenir á esta disposición, poniendo la marca de buen oro sobre algunas piezas de *tepuzque*.

Para retirar de la circulación esas especies alteradas, que siguieron llamándose *tepuzque*, sin necesidad de dictar una disposición que pudiera tener el carácter de violencia ó de despojo, se ordenó por el Rey que todos los derechos que se causasen de almojarifazgo y penas de cámara, se pagasen en lo sucesivo con aquel oro adulterado, que así se amortizó y fué llevado á España.

Aquel acontecimiento causó grande impresión entre los soldados y aun entre las gentes de la tierra; y en ese tiempo llamáronse con el apellido de *tepuzque*, como apodo que indicaba desprecio, á todos los que ostentaban nobleza ó valimiento que no tenían; y la liga de esos metales dejó su nombre, que aun se conserva en algunos minerales de la República Mexicana, donde á la plata de fundición, que por ser de menos ley se vende á menor precio, se da el nombre de *tepuzque*.

Usóse todavía algunos años después el nombre de *tepuzque* para designar cierta clase de moneda, como veremos más adelante.